

Dos Rombos



Escucho, divertido, que pretenden recuperar los dos rombos para que los televidentes sepamos cuándo se ofrecen programas inquietantes para nuestra salud moral. Me hace gracia la cosa porque me retrotrae a mis años de la infancia, en los que los rombos (uno o dos), aparecían en la esquina de la tele más bien como adorno, porque no crean que les hacíamos mucho caso. Ya me dirán qué tenían de peligrosas series como Ironside o similares, que si la memoria no me falla estaban rotuladas con el paralelogramo.

Vengá los rombos ahora, que no puede uno poner la tele sin sobresaltos. En algunas series que se pretenden graciosas, y quizá lo sean, pero a base de un humor grueso y chabacano, menudean escenas y lenguaje infumables. Lo mismo en algunas películas, en las que con la cosa del realismo se utiliza un léxico que horrorizaría a un tabernero portuario. Las casas a las que llega la señal, según creo, no son tabernas. Eso sí, he llegado a ver alguna película de los años sesenta catalogada para mayores de 12 años, sin que haya nada relevante que pueda escandalizar salvo, claro, que era "una de guerra", aunque sin evisceraciones ni nada por el estilo. ¡Mater amantísima, una de guerra, qué horror! Sin embargo, en otras permitidas para niños de 7 años puede uno ver un nutrido repertorio de escenas de cama y ordinarieces de todo jaez. Hasta algunos anuncios merecerían ser calificados de gravemente peligrosos, como esos de perfumes en los que se cosifican personas sin que, hasta donde conozco, protesten las feministas de guardia, que buena tabarra dieron cuando en el Open de Tennis de Madrid decidieron que las recoge pelotas fuesen modelos.

¿Y en el mundo del balompié? Pregunten a cualquier futbolista que haya perdido un partido: estamos fastidiados (no dicen eso, ya saben, sino un sinónimo), y otras interjecciones de mayor calibre. No tienen reparo en manifestarse así ante las cámaras, quizá porque están tan sobrados de billetes como faltos de una elemental prudencia. Digo yo.

Habría que aplicar también los rombos a esas tertulias políticas en las que tantas veces fluyen espesas la demagogia y la consigna. Al tratamiento que algunos periódicos filosensacionalistas dan a las noticias. A quienes consienten filtraciones de sumarios cuyo carácter de secretos es mera cosmética. A estos espacios en los que se venden intimidades a espectadores ávidos de olvidar la viga en su propio ojo.

Ya me dirán cuántos habrán de poner en los telediarios mientras aparecen los Bárcenas de turno, los de los ERE, los jueces prevaricadores que van de paladines de las mejores causas, aunque estas sean las de reveladores de secretos. O cuando asomen por la pantalla los asesinos de Marta del Castillo (estos, más que dos rombos, merecerían dos obleas). O en las ocasiones en que dicen sus tonterías los falsificadores de la historia en su continuo urdir (y tramar) separatismos. El etcétera de merecedores de la calificación romboidal es larguísimo.

En fin, pacientes lectores, intenten no dejar que tan obscenas